



## CAPÍTULO UNDÉCIMO

Un buen paso hacia la democracia.—Estados constitucionales del Occidente.

### INGLATERRA

**Q**RECE Inglaterra la singularidad de haber procedido con suma lentitud en la evolución de la monarquía absoluta al gobierno popular, no obstante reunir, por haber sido cuna del régimen representativo, condiciones mucho más favorables que las demás naciones para un rápido desarrollo. Efectúa su revolución á fines de la diez y siete centuria, y hasta mil ochocientos treinta y dos, es decir, durante más de un siglo, continúa con el régimen electoral del siglo décimo cuarto, inhumano y absurdo, que dejaba sin representación á populosas ciudades, al paso que permitía á ricos acendados disponer de asientos en la Cámara, ni más ni menos que disponían de sus fincas. Efectúa Francia su revolución en mil setecientos ochenta y nueve, y sin embargo de no tener condición ninguna favorable al cambio, por lo mismo que el movimiento no surgía de su seno, de un salto se pone en el sufragio universal, como si dijéramos, en plena democracia. Proviene esta diferencia de que, en Inglaterra, no se procede por teorías, ni propias ni importadas; de que allí la acción política, lejos de anticiparse, se subordina á la social, no efectuándose la mudanza política sino al empuje de la necesidad colectiva, expresada por la mayoría del pueblo en reuniones y manifestaciones. Casi es ocioso decir que el proceso inglés es el normal, el propio. Por ese proceso la marcha es lenta, pero segura; el paso que se da se anda en firme, sin que sea monester desandarlos nunca; siempre se adelanta, nunca se retrocede, resultando la evolución regular, continua, constructiva. Con el otro proceso, al revés: se camina á saltos; se dan pasos de gigante, para desandarlos en seguida; alternativamente

se adelanta y se retrocede, á menudo más allá del punto de partida; se está en continua acción y reacción, resultando una evolución irregular, violenta, destructora. Siguese de esto que cada adelanto del pueblo inglés hacia el reconocimiento de la persona como base del derecho y del Estado, implica un progreso efectivo hacia la democracia, lo que no puede predicarse del mismo modo de los pueblos del Continente. Pues bien, en el período que estamos considerando, Inglaterra llevó á cabo una evolución importantísima, quizás como no se encuentre semejante en ningún momento de su historia.

Al subir al poder el ministerio Aberdeen (véase página 125), Inglaterra seguía bajo el dominio de los sentimientos pacíficos que despertara la exposición universal, y por la paz estaban los partidos y las clases sociales, á su cabeza Copden y Bright. Los ministros sólo pensaban en reformas: Russell preparaba la parlamentaria; Gladstone inauguraba sus maravillosos estudios acerca del presupuesto; el mismo Palmerston no dejaba de realizar excelentes innovaciones en su ministerio de lo Interior. Unos meses después, todo cambió. Las conferencias y correspondencia política del czar Nicolás disgustaron á los políticos é indignaron al pueblo, al que los refugiados polacos, húngaros é italianos habían indispuesto contra el autócrata, y desde este punto hasta la muerte de Palmerston, en mil ochocientos sesenta y cinco, toda la vida pública estuvo absorta en la política exterior. Aberdeen y sus pacíficos colegas, contrarios á la guerra y á Bonaparte, eran ridiculizados á diario por los caricaturistas y los periodistas demócratas. En vano gritaba Bright: «Nación cristiana, pueblo protestante, consagrado al culto del príncipe de la paz, ¿es tu cristianismo una fábula? ¿es tu profesión un sueño?» No había más que un ministro popular, el belicoso Palmerston, empeñado en salvar á todo trance á los turcos. La guerra de Crimea estalló. Las ventajas obtenidas al principio excitaban en las masas entusiasmo delirante; el terrible invierno que las siguió, una indignación feroz. El *Times*, cuyo correspondiente denunciaba las faltas de la administración, «que mata más soldados que las balas rusas», llegó á tirar cincuenta y cuatro mil ejemplares, sin embargo de venderse el número á sesenta céntimos. Por no imprimir á la guerra el necesario empuje, Aberdeen hubo de ceder el puesto, en Febrero de mil ochocientos cincuenta y cinco, á Palmerston, en quien el pueblo tenía puesta toda su confianza, y desde este instante la guerra fué la única preocupación del gobierno. No dejó de causar empero emoción aquel elocuente apóstrofe de Bright: «¿Ois al ángel de la muerte que pasa y el golpeo de sus alas? Toma sus víctimas en el palacio, en la casa, en la cabaña. En nombre de todas las clases os dirijo una solemne invocación: el noble lord era ministro antes que yo naciese; ha llegado casi al límite señalado á la existencia humana; le suplico que su voz detenga los torrentes de sangre». Sabemos que la guerra de Crimea acabó sin que el ejército inglés figurase en primera línea, y sin que las condiciones de la paz valiesen el dinero gastado ni la sangre derramada.

Inmediatamente, el inquieto Palmerston suscitó querrela al virrey de Canton, Yeh, por haber apresado un barco chino cubierto falsamente con el pabellón británico. Con este motivo, se entablaron empeñadas discusiones en ambas Cámaras. En la alta, á la pregunta de Yeh: «¿Basta que un navío chino enarbole el pabellón inglés para trocarse en inglés?», el anciano lord Lyndhurst respondió negativamente. En la baja, á los liberales avanzados, los pacíficos de la escuela de Manchester, que rompieron el ataque en nombre de sus principios, uniéronse los conservadores de Disraëli, y el ministerio se halló en minoría. Palmerston no se anduvo con paños calientes: disolvió la Cámara, dirigiendo al país un manifiesto contra «la insolencia de los bárbaros», y el país no solamente le dió la razón, sino que excluyó del parlamento á los jefes pacíficos. Siguiéronse los terribles sucesos de la rebelión india, que causaron en Inglaterra, más que indignación, accesos de ferocidad. Pacificada la gran colonia, Palmerston obtuvo del parlamento, á despecho de resistencias muy vivas, la ley que la sustraía al gobierno de la compañía y la colocaba bajo la autoridad directa de la Corona. Unos días después, cuando más firme se creía en el poder, fué derribado á consecuencia de las bombas que Orsini lanzara en París contra Napoleón III. A excitación del gobierno francés, Palmerston presentó al parlamento un proyecto de ley, calificando la conspiración para un asesinato de crimen de felonía y castigándola con la servidumbre penal. La ley fué votada por una gran mayoría, y habría sido definitivamente aprobada, sin duda, á no haber publicado el *Moniteur* felicitaciones en que se llamaba á Inglaterra laboratorio de asesinatos. La opinión exacerbada barrió como una ola la ley y á Palmerston. «Lord Palmerston, escribía el príncipe Alberto, es el hombre menos popular que existe; da risa oír hablar de él á sus antiguos adoradores; en la Cámara de los Comunes apenas se le ha dejado abrir los labios.»

Subió al poder el ministerio conservador Derby-Disraëli, que realizó dos reformas importantes: suprimir la obligación impuesta á los diputados de poseer bienes inmuebles, y resolver la cuestión, por tanto tiempo debatida, de admitir á los israelitas en el parlamento. Estalló la guerra de Italia, que en vano trabajara por evitar el ministro de Negocios Extranjeros, Malmesbury, y la propia Reina, en carta dirigida á Napoleón III. Habiendo fracasado en este punto, Disraëli se agarró como tabla de salvación á la reforma electoral; pero su proyecto no satisfizo, por lo mezquino, y hubo de dejar el poder, siendo llamado de nuevo á ocuparlo Palmerston, que formó un «ministerio de todos los talentos», casi de todos los partidos, con Gladstone en Hacienda y Russell en Estado. Palmerston perseveró en su alianza con Napoleón III, con cuyo concurso realizó, en mil ochocientos cincuenta y nueve, la campaña de China, famosa por haber llegado las tropas aliadas hasta Pekín y destruído el palacio de verano. Pero desde la anexión de Saboya y Niza á Francia, empezó Palmerston á desconfiar de su aliado, al extremo

de pedir al parlamento, para poner las costas en estado de defensa, una suma importante, que le fué negada. Mas esto no le impidió concluir con el Emperador de los franceses un tratado de comercio, obra principalmente de Gladstone y de Copden, que habia rehusado el ministerio de Comercio y gozaba en sus últimos años de crédito inmenso. Gladstone dió nueva prueba de su tendencia liberal proponiendo la supresión del impuesto sobre el papel, de que dependía el desarrollo de la prensa y la difusión de la cultura, á pesar de lo cual fué votado con grandes dificultades en la Cámara baja, y la alta tardó un año en aprobarlo. La guerra de secesión de los Estados Unidos ofreció á Palmerston nueva ocasión de ofrecerse como ministro batallador, pronto á desenvainar la espada. La alta y la media sociedad inglesa simpatizaban con los Estados del sur, ya por no creer sinceros á los del norte, ya por ser éstos industriales y proteccionistas, al paso que los otros eran libre-cambistas. El hecho de haber capturado el capitán Wilkes á los delegados enviados á Europa por el gobierno del sur, puso en conmoción todas las fibras belicosas de Palmerston, que dirigió á los Estados del norte un *ultimatum*, reclamando en el plazo de siete días la libertad de los presos. Gracias que el presidente Lincoln se apresuró á desautorizar el acto del oficial americano, y que el príncipe Alberto, en su lecho de muerte, pidió que se suavizasen los términos de un primer despacho, redactado en términos excesivamente duros.

Sin embargo, numerosos síntomas revelaban que, en todas las clases, la afición á las batallas cedía el puesto á sentimientos de paz. A propósito de los degüellos cometidos en Varsovia por los generales rusos, el parlamento se limitó á una protesta platónica, y á poco, el gobierno, que en mil ochocientos cincuenta y cuatro garantizara á Dinamarca su independencia y la posesión de Sleswig, presenciaba, sin tratar de intervenir, la rota de aquel desgraciado reino en Düppel por las fuerzas combinadas de Austria y de Prusia. Con razón Disraëli, el cuatro de Julio de mil ochocientos sesenta y cuatro, acusó al ministerio de haber comprometido con su conducta el honor británico. «No debemos amenazar, dijo, para negarnos luego á obrar. No debemos engañar á nuestros aliados haciéndoles esperar lo que no les hemos de cumplir. Se acaba de decir que no tenemos aliados, que no podemos nada; y semejantes palabras no deben producirse ni en los labios ni en el corazón de un ministro inglés.» El anciano Palmerston pronunció entonces el último gran discurso, uno de los más hábiles, hablando menos de Dinamarca que del talento hacendista de Gladstone y del peligro de que volviesen los tories al poder, con lo que ganó á su causa á los liberales avanzados y obtuvo una pequeña mayoría.

Pero, decididamente, la opinión le abandonaba. Su principal compañero, Gladstone, avanzaba más y más hacia el radicalismo. Viósele dar la señal de una recepción entusiasta á Garibaldi, á quien festejaron todos los ingleses, unos por patriota, otros por revolucionario, muchos por enemigo del Papa; oyósele, á propósito de una proposición re-

formista, pronunciar estas graves palabras: «Los que pretenden excluir del escrutinio á treinta y nueve obreros, de cuarenta, tienen que probar la indignidad, la incapacidad, la mala conducta de las clases obreras. Todo el que no esté declarado incapaz ó peligroso, tiene el derecho de contribuir al funcionamiento de la constitución;» por último, se opuso á un proyecto relativo á la iglesia de Irlanda, alegando que sólo favorecía á una parte insignificante de la población. Las elecciones de mil ochocientos sesenta y cuatro, llevando al parlamento considerable número de liberales, entre ellos el filósofo Stuart-Mill, robustecieron la fracción del partido dirigida por Bright, y no menos la acaudillada por Gladstone. Con dificultad hubiese podido gobernar con esta nueva Cámara el omnipotente ministro, cuya carrera interrumpió la muerte en plena popularidad, el diez y nueve de Octubre de mil ochocientos sesenta y cinco.

Este período de política exterior lo fué también de gran prosperidad material. El comercio, la producción, la riqueza, aumentaron rápidamente; el número de pobres socorridos bajó de un millón cuatrocientos veintinueve mil, en mil ochocientos cuarenta y dos, á ochocientos noventa mil, en mil ochocientos sesenta y uno; el de acusados, de treinta y un mil, en mil ochocientos cuarenta y dos, á doce mil, en mil ochocientos sesenta y uno; disminuyó el alcoholismo, habiéndose elevado el impuesto sobre el aguardiente de dos chelines á diez y seis, al tiempo que se redujeron de veintiséis peniques á seis los derechos sobre el té. La condición de los obreros mejoró. En este período fué cuando las *trade unions* crearon poco á poco su organización central, que había de agrupar más tarde á los obreros para una acción común. «Una *trade unión*, escribe Webb, es una agrupación permanente de asalariados, con el fin de garantir y mejorar las condiciones de su contrato de trabajo.» Estas sociedades arrancan de la ley de mil ochocientos veinticuatro, y empezaron á revestir su forma actual á partir de mil ochocientos cincuenta. No presidió á su formación un plan de conjunto; nacieron y se desarrollaron al impulso de necesidades prácticas. Cada *trade union* fué al principio una asociación entre obreros del mismo oficio y de una misma ciudad, una sociedad de socorros mútuos, con una caja alimentada mediante el pago de cierta cuota regular, destinada á suministrar una subvención á los asociados caso de muerte, enfermedad, huelga ó cambio de residencia. Una junta nombrada por elección representaba á la sociedad y discutía los intereses de los socios con los patronos. Entre las *unions* de diferentes oficios en una misma ciudad, y entre las de un mismo oficio en diferentes ciudades, se formaron paulatinamente federaciones, para proteger á los obreros que iban de una ciudad á otra y adoptar acuerdos comunes á todos los trabajadores de una región. Estas federaciones tuvieron también su junta directiva, compuesta de delegados designados por elección. Formáronse, en fin, asociaciones federales de todas las *unions* de un mismo oficio en toda Inglaterra, ó en toda Escocia, ó en toda la Gran Bretaña. A estas vastas asociaciones no les bastó con una junta; necesitaron,

para adoptar acuerdos, de un congreso general de delegados, y para la administración, de secretarios obreros elegidos por sus compañeros, con sueldo fijo, que dejaron su oficio transformándose en empleados de la sociedad. De esta suerte se formó una plana mayor oficial de los obreros, cuya profesión era defender sus intereses. Los secretarios generales de las principales asociaciones, de mecánicos, carpinteros ó albañiles, reunidos en Londres, se acostumbraron á comunicarse y concertarse, de donde se originó la creación de un órgano común á todas las *trade unions*, el consejo de las *unions*. Oficialmente, esta organización se mantenía ajena á la política: su único fin era agrupar á los obreros para discutir colectivamente con los patronos las condiciones del trabajo; firmes en la doctrina liberal de la burguesía inglesa, nada de intervención del Estado en el contrato de trabajo, rechazaban todos los programas políticos. Pero tropezaron en su camino con las leyes que restringían todavía el derecho á la huelga; para abolirlas, no había otro recurso que influir en los diputados; para influir en los diputados, necesitaban adquirir una fuerza electoral; por donde llegaron á la conclusión de que debían abandonar el principio de la neutralidad política y unirse á los radicales, para pedir que se otorgase el sufragio á los obreros.

A la muerte de Palmerston se reconstituyó el ministerio liberal, ocupando la presidencia el anciano Russell y siguiendo Gladstone en Hacienda. El discurso de la corona llamó la atención «acerca de las mejoras que convenía aplicar á la legislación electoral, con el fin de fortificar nuestras libres instituciones y trabajar en el aumento del bienestar del país»; pero el proyecto que Gladstone redactó no era bastante amplio en la parte precisamente que más importaba, la baja del censo, siendo insignificante el número de obreros que adquirirían el derecho de sufragio. Este término medio disgustó casi á todos, y fué causa de que los partidos se fragmentaran confusa y esterilmente. Los enemigos de la democracia celebraban la áspera elocuencia del tráfuga del liberalismo, Lowe, que agrupaba en torno suyo á otros tráfugas, asustados de los progresos de las masas. «Como en otro tiempo David en la caverna de *Adullam*, decía Bright, su señoría ha llamado á todos los descontentos»; de donde el designarse desde ahora á los liberales disidentes con el nombre de *adullamitas*. La enmienda de un diputado ministerial bastó para que rodaran al suelo el *bill* y el gabinete.

De nuevo subieron juntos al poder el elocuente conde de Derby y el ambicioso novelador Disraeli, para realizar ampliándola, caso bien raro, la reforma que acababan de desechar. No quiere decir esto que el gabinete conservador no tratara de eludir esta necesidad; pero los obreros se la plantearon resueltamente, organizando monstruosas manifestaciones bajo la dirección de la «Liga nacional para la reforma», parte de cuyo consejo componían los jefes oficiales de los obreros y los secretarios de las *trade unions*. La gran manifestación de la plaza de Trafalgar, en Londres, votó esta declaración: «La